

DÍA DEL SEMINARIO 2026

19/22 de marzo

*Claves
exegéticas
de las
lecturas y
notas para
la homilía*

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María.

Domingo V de Cuaresma Ciclo A.

SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Claves exegéticas de las lecturas

1. 2 Sam 7, 4-5. 12-14. 16 — La promesa davídica y su cumplimiento en José

El oráculo de Natán a David es uno de los textos fundacionales de la esperanza mesiánica. Dios promete construir una «casa» para David, no hecha de piedras, sino de descendencia: una línea estable que subsistirá más allá de la muerte del rey. La iniciativa es totalmente divina —los verbos están en primera persona—, subrayando que la historia de salvación no depende de la fuerza humana, sino de la fidelidad irrevocable de Dios.

En el Nuevo Testamento, esta promesa converge en José: es él quien transmite a Jesús la condición davídica, no por biología, sino por paternidad legal, que en la cultura semita es plenamente efectiva. José se convierte así en el punto donde la antigua promesa encuentra su cumplimiento histórico.

2. Sal 88 (89) — La hesed de Dios como garantía de la alianza

El salmo canta la hesed, la fidelidad amorosa que sostiene la alianza. Esta fidelidad se refleja en la figura de José: su vida silenciosa y constante es signo de la estabilidad con la que Dios mantiene su promesa a lo largo de la historia.

3. Rm 4, 13. 16-18. 22 — José, heredero de la fe de Abrahán

San Pablo define a Abrahán como el hombre que «creyó esperando contra toda esperanza». La expresión en griego indica una confianza que trasciende la lógica natural. La promesa se realiza no por la ley, sino por la justicia de la fe, es decir, la relación recta con Dios que se abre al cumplimiento de su palabra.

José aparece en los evangelios como un verdadero heredero de esta fe abrahámica. Al igual que el patriarca, recibe una promesa que supera lo humanamente posible —un hijo concebido por el Espíritu, una misión que no controla— y responde con la misma actitud interior: creer sin comprender, acoger sin ver, caminar sin garantías. Su paternidad es, ante todo, paternidad de fe.

4. Mt 1, 16. 18-21. 24a — La justicia de José: obediencia en clave de discernimiento

El relato de Mateo presenta a José como «justo». Este término no describe solo moralidad, sino sintonía profunda con la voluntad de Dios. Ante una situación desconcertante, José discierne: busca una salida que salvaguarde la dignidad de María y, al mismo tiempo, espera la luz de Dios.

La intervención del ángel transforma su interpretación de los hechos y lo introduce en el plano divino: María concibe «por obra del Espíritu Santo», y José deberá poner nombre al niño, acto jurídico que confirma su paternidad y sitúa a Jesús dentro de la línea de David.

José responde con una obediencia inmediata: «Hizo lo que el ángel del Señor le había mandado». Su obediencia no es automática, sino fruto de un discernimiento iluminado por la fe. Es la obediencia madura del discípulo que deja que Dios reescriba su proyecto.

Notas para la homilía

1. José, el justo que escucha y obedece

San José aparece hoy como el hombre en quien Dios cumple sus promesas. Allí donde la historia parecía estancada, José —humilde, silencioso, disponible— se convierte en el lugar donde la antigua promesa hecha a David encuentra finalmente su camino. Él no hace ruido, pero permite que Dios actúe. José no pronuncia palabras en el Evangelio; habla con su vida. Su silencio es obediencia confiada, su acción es entrega total. Es modelo de todo discípulo y especialmente de quienes se preparan al ministerio sacerdotal.

2. El custodio: cuidar lo que Dios confía

El salmo nos recuerda que la fidelidad de Dios sostiene el mundo, y José es un espejo de esa fidelidad: firme, constante, capaz de custodiar lo frágil sin imponer nada. Su vocación es custodiar a María y a Jesús. Su vida habla más que sus palabras. El sacerdote participa de esta misión de custodiar la fe del pueblo, de proteger la esperanza de los débiles, de acompañar con ternura.

3. La vocación sacerdotal, entre misterio y servicio

Como Abrahán, José cree sin garantías. En medio del desconcierto, se fía. Acepta un plan que lo supera y se deja guiar por Dios. Su paternidad nace de esta fe que se abre a lo imposible. José vive su misión sin protagonismos: su papel en la historia de la salvación no nace de él mismo, de sus planes y proyectos, sino de Dios, que cuenta con él. También el sacerdote está llamado a servir desde la humildad, poniendo su vida a disposición de Dios y su pueblo, no para ser servido, sino para servir.

4. San José, maestro de disponibilidad para los seminaristas

El Evangelio nos lo muestra discerniendo, escuchando y obedeciendo con un corazón limpio. José es justo no porque cumpla una norma, sino porque vive en sintonía con Dios. Cuando comprende la voz del ángel, acoge a María, da nombre a Jesús y entra por completo en la misión que Dios le confía.

5. José, patrono de los seminarios

Y en este Día del Seminario, José se convierte en imagen de toda vocación sacerdotal: dejar lo previsto, acoger la sorpresa de Dios, confiar más en él que en las propias seguridades. José enseña a responder con valentía y ternura a la llamada del Señor. Que su ejemplo inspire a nuestros seminaristas, sostenga a nuestros sacerdotes y abra el corazón de muchos jóvenes para escuchar la voz que sigue diciendo hoy: «Deja tus redes... y sígueme».

DOMINGO V DE CUARESMA CICLO A

Claves exegéticas de las lecturas

1. Ezequiel 37,12-14 — Cuando Dios abre lo que el hombre da por cerrado.

Ezequiel habla a un pueblo que se siente muerto por dentro. El exilio ha apagado la esperanza y todo parece un gran sepulcro colectivo. En ese momento de desánimo, el profeta anuncia algo que nadie se espera: Dios mismo abrirá los sepulcros, y no solo los abrirá... sino que sacará al pueblo de allí y volverá a ponerlo en pie.

Es una escena de recreación: el mismo Espíritu que un día dio vida al barro vuelve ahora a soplar sobre un pueblo deshecho. El mensaje es claro: cuando el corazón humano ya no ve salida, ahí empieza el terreno propio de Dios. La muerte no tiene la última palabra porque Dios sigue creando.

2. Salmo 129 — El grito que nace desde lo más hondo

El salmista no oculta su angustia: habla desde «lo hondo», ese lugar donde el alma se siente atrapada y sin luz. Pero incluso desde ahí —o precisamente desde ahí— surge un grito confiado. El salmo reconoce con realismo que nadie podría mantenerse en pie si Dios llevara cuentas de nuestras faltas.

Y sin embargo, el Señor responde siempre desde la misericordia. Por eso la espera se convierte en vigilancia: como el centinela que aguarda la primera luz, así espera Israel al Señor. La noche no es el final.

El salmo es un puente que conecta con Lázaro: allí donde el ser humano queda hundido, Dios se inclina, escucha y levanta.

3. Romanos 8,8-11 — El Espíritu que transforma lo que parecía perdido

Pablo invita a mirar la vida con la lógica del Espíritu. No habla de carne y espíritu como dos partes del ser humano, sino como dos modos de vivir. Quien vive cerrado sobre sí mismo («según la carne») se asfixia; quien se abre a Dios («según el Espíritu») descubre un horizonte nuevo. Y aquí viene la afirmación decisiva: el mismo Espíritu que resucitó a Jesús habita en nosotros.

No es una metáfora espiritualista. Pablo habla de una transformación real: Dios puede vivificar lo que en nosotros está herido, cansado, muerto. La resurrección no queda relegada al final de los tiempos: empieza ya cuando dejamos que el Espíritu toque las zonas que creíamos sin vida.

4. Juan 11,3-7.17.20-27.33-45 — Un Dios que ama, llora y llama a la vida

En el Evangelio de la resurrección de Lázaro contemplamos el signo más grande del ministerio de Jesús antes de su pasión: un gesto que anticipa quién es él y hacia dónde se dirige su camino.

Jesús tarda en ir a Betania no por desinterés, sino para mostrar que para Dios nunca es tarde, ni siquiera cuando todo parece perdido. En el diálogo con Marta, transforma una esperanza lejana en una certeza presente: él mismo es la resurrección y la vida, la fuente capaz de levantar lo que está muerto por dentro. Sus lágrimas ante la tumba revelan un corazón que siente de verdad el dolor humano, y su voz poderosa —«Lázaro, sal fuera»— atraviesa la oscuridad y trae vida allí donde nadie la esperaba. Cuando Jesús manda: «Desatadlo», nos recuerda que la comunidad cristiana participa en liberar, acompañar y sostener a quienes el Señor vuelve a poner en pie. Y al final, mientras unos comienzan a creer, otros deciden acabar con él; porque este signo, que devuelve la vida a un amigo, prepara ya la entrega total de Jesús, que dará su propia vida para que todos vivamos para siempre.

Notas para la homilía

Las lecturas de este domingo nos llevan al corazón de la fe: Dios abre sepulcros, escucha el clamor humano, vivifica lo que está muerto y llama por el nombre a cada persona para que camine en la vida. Todo el itinerario de la Palabra apunta hacia ese Dios que no se resigna ante nuestra muerte interior.

1. Dios actúa donde nosotros ya hemos perdido la esperanza

Ezequiel anuncia que el Señor mismo entra en las ruinas del pueblo y abre aquello que todos daban por cerrado. La vocación, también la sacerdotal, nace de esa misma acción divina: Dios levanta, recrea y vivifica, acercándose a las pequeñas y grandes muertes de las personas para suscitar esperanza donde parecía imposible.

2. «Desde lo hondo»: la verdad del corazón humano que clama

El salmo expresa el grito del que se siente hundido, pero sigue esperando.

El sacerdote está llamado a escuchar ese clamor y a ser puente de la misericordia, recordando que del Señor viene la redención abundante. Su vida tiene sentido ahí: en acompañar la noche de las personas hasta que amanece la misericordia de Dios.

3. El Espíritu que vivifica desde dentro

San Pablo anuncia que el mismo Espíritu que resucitó a Jesús habita en nosotros. La vida «según el Espíritu» se aprende en el seminario: libertad interior, discernimiento, docilidad, madurez humana y espiritual. Solo un corazón transformado desde dentro puede ser fecundo en el ministerio.

4. Lázaro: icono de toda vocación rescatada

El Evangelio nos muestra a un Jesús que ama, llora, se conmueve y actúa: llama a Lázaro por su nombre, rompe su oscuridad, desata sus vendas y lo pone en camino. Así actúa también en cada vocación: llama, libera, ilumina y convierte la fragilidad en el lugar de su gloria.

La llamada «Deja tus redes... y sígueme» es la misma voz que dijo: «Lázaro, sal fuera»: una invitación a salir de miedos, comodidades, «redes» que atan y oscuridades que paralizan.

5. El sacerdote, servidor de la vida que vence a la muerte

El presbítero, configurado con Cristo, participa de esta obra: acompaña duelos, sostiene esperanzas, cura heridas, desata nudos interiores y anuncia con su vida que la muerte no tiene la última palabra. En un tiempo de desconfianza, la entrega diaria y silenciosa de tantos sacerdotes revela que la alegría más profunda nace de servir.

6. Una comunidad que ayuda a desatar y dejar andar

Jesús resucita a Lázaro, pero confía a la comunidad la tarea de desatarlo. Así es también la vocación sacerdotal: nace y crece en una Iglesia que ora, apoya, acompaña y crea un clima donde la llamada pueda escucharse.

El Día del Seminario nos recuerda que todos somos responsables de ayudar a quienes el Señor llama, para que puedan ponerse en camino para servir a Dios y a los demás como sacerdotes.